

Después ya nunca hubo paz

La guerra empezó y mi sufrimiento comenzó de nuevo, pero de otra manera. Las manifestaciones pacíficas se iniciaron en mi región y participé en ellas. Yo, desde el balcón de mi casa, tomaba fotos mientras mi marido y mis hijos participaban. Se celebraba todos los viernes, después de la oración del mediodía. La situación siguió siendo así durante dos meses o más, hasta que el ejército gubernamental entró en mi casa a las tres de la mañana, me desperté como una loca a causa de unos sonidos extraños pero potentes, y desperté a mi esposo, aterrorizada y con gran perturbación. Mi marido descubrió que estaban atacando y, gracias a Dios, mi marido desapareció y yo no sé adónde fue. Un soldado entró en mi casa y rompió la puerta tras golpearla varias veces, y dos hombres enormes entraron y poniéndome la pistola en la cara, me pidieron que entrara en mi habitación. Entonces desperté a mis tres hijos -Mohammad Ali, Hamza y Ranim- que estaban aterrorizados y los cogí entre mis brazos. Me preguntaron por mi marido y dije que no sabía dónde estaba. Todavía sigo escuchando el sonido de las armas al sacarlas y ponerlas en mi cara. Nos dejaron y se fueron. Envolví a mis hijos y los tomé en mi regazo en mi cama. Me puse a recitar el Corán y ellos comenzaron a calmarse poco a poco mientras yo temblaba. Una hora más tarde apareció mi marido que estaba enfermo con gripe. La temperatura le había aumentado porque se había enfriado. Cuando amaneció, salió de casa para evitar ser arrestado. Vivimos momentos de horror y miedo que no he podido olvidar hasta ahora. Me fui a casa de la familia de mi marido donde estuvimos durante diez días, yo llevaba la vestimenta islámica¹ por temor a otro ataque porque los hombres impedían dormir en las casas. Luego fuimos a casa de la hermana de mi marido, porque ella vive en las afueras de la

ciudad, y ahí tuvimos un poco de paz. Tres días después fuimos a uno de los pueblos en el que la situación no era segura y durante una semana las mujeres dormíamos juntas por un lado, y los hombres por otro; mientras los jóvenes se organizaban en patrullas de vigilancia.

Después ya nunca hubo paz. Llegó el ejército gubernamental a nuestra región con la intención de asaltar y violar a las mujeres, matar a los hombres, robar y echar a los niños. Todos decidimos huir a Turquía, a través de las fronteras no legales cien por cien. Estuvimos desde las once de la mañana hasta la una de la madrugada a la espera de que nos permitieran entrar. Por fin nos dejaron entrar, llegamos a las siete de la mañana al campamento de Bajshin, en la zona de Tenuz que está en la provincia de Hatay. Nos pusieron en una tienda de campaña en un terreno recién pavimentado. No podíamos sentarnos bien ni dormir, pero intentamos hacerlo porque estábamos agotados. Me desperté como si algo dentro de mí me dijera que estaba bien, que había sobrevivido. Encendí mi teléfono y empecé a grabar la tienda y a reírme y llamar a la tienda “el palacio de Yildiz”². Pero las hermanas de mi marido empezaron a llorar con amargura y desesperación, y me encontré enjugando las lágrimas a todo el mundo, bromeando para tratar de aliviarlos un poco e intentando encontrar razones para tranquilizarlos, aunque era imposible. Entramos en el campamento el 11 de junio de 2011 con el calor del verano y nos quedamos así, durmiendo trece personas en una tienda destinada a una familia. Mi marido, cuatro chicos, mi tío, mi tía, dos chicas, tres niños, y yo, y estuvimos así hasta el mes de septiembre, cuando renovaron la tienda de campaña, allanaron el terreno y llegó la electricidad. Estuvimos durante tres meses sin electricidad, solo había en las calles intermedias entre las tiendas. Nos repartieron

¹ Ropa larga, que disimula las formas del cuerpo femenino y con niqab o velo que cubre la nariz y la boca. Se sentía más protegida de esta forma.

² Una expresión siria que usa este palacio otomano como metáfora de gran lujo.

calentadores eléctricos, colchones y mantas, y nos distribuían comida a la hora del desayuno, almuerzo y cena. Estábamos tan presionados que seguíamos quejándonos, a pesar de que la situación era mejor. Así transcurrió un año de mi vida en el campo en una relación de tira y afloja con la familia de mi marido y pasé unos días muy duros...pero ya pasaron gracias a Dios.

Ese año transcurrió entre el intenso calor y el severo frío apretados en las tiendas, con baños compartidos que hacían mella en el temperamento y la moral de las personas. Los hombres y los jóvenes se enfadaban unos con otros debido a la estrechez de la situación. Las cosas cambiaron cuando mi hermano vino de Australia en una visita por sorpresa, totalmente inesperada. Pasé con él cinco días maravillosos que me hicieron olvidar algunas de mis preocupaciones. Él trató de hacer mis papeles de inmigración a Australia, pero tres meses después de que se marchara descubrí la enfermedad de mi hijo mediano, Hamza, que tenía un cáncer (neuroblastoma) de grado cuatro en la médula espinal. Era un tumor a la altura de los riñones de un tamaño de 7x6 cm. Entonces comenzó el viaje del tratamiento. Me sorprendió, sentí que estaba perdida, que tenía miedo, pero nunca me derrumbé. Lo llevaron con su padre al hospital de otra provincia, y después de 21 días fui llamada por la gravedad de la situación para que estuviera en el hospital. El día que llegué salía el resultado de la biopsia de Hamza. El resultado era que tenía un cáncer maligno. Tenía la convicción interna de que Hamza estaba muerto y que Dios nos había otorgado un período de supervivencia para poder asimilar su larga ausencia más tarde... Me dio la fuerza y la energía para jugar con él, reír y mimar a cada niño que conocía en el hospital. A mi llegada allí conocí el resultado de la biopsia de Hamza, era un cáncer maligno... gracias a Dios, le di las gracias y tomé a Hamza en mi regazo; lo besé en la cara y en la cabeza, en la que por última vez había pelo.

El viaje del tratamiento se convirtió en el viaje del sufrimiento. Tenía la convicción interna de que se hacía cada día mayor que el anterior, de que Hamza ya estaba muerto, pero Dios nos había honrado con su vida por un determinado período de tiempo para que yo asimilara su muerte.

Vivía con esa idea con todas mis fuerzas, reía, estaba esperanzada y optimista con las madres que veía en el hospital cada vez que

iba, entablé amistad con enfermeras y enfermeros, el personal de la recepción, e incluso los trabajadores de limpieza y de servicio y los que distribuían la comida. Estaba contenta, optimista y satisfecha por lo que Dios me había dado y todo el mundo me llamaba “súper mamá”.

Empezamos el tratamiento el mes de septiembre de 2012, y le hicieron una operación para extirpar el tumor en enero de 2013, y la situación mejoró durante un mes y medio. Después se produjo una recaída y los médicos intentaron todo lo que pudieron con él hasta el mes de mayo, cuando vino el doctor a mi habitación y me dijo que Hamza estaba muerto médicamente y que lo llevara a casa para que lo viera la familia después de cuarenta y un días en el hospital.

Llevamos a nuestro hijo al campamento para que todo el mundo se despidiera de él y a los quince días lo trasladamos a un hospital cercano en Antakya para que le hicieran una transfusión de sangre. El sábado día 1 de junio de 2013, Hamza murió entre mis brazos en las urgencias del hospital. Estábamos con él su padre y yo. Lo llené de besos desde los pies a la cabeza. Gracias a Dios, el más Todopoderoso, el Excelso, que es el que da el alma y la puede quitar cuando quiera. ¡Qué bonito!, ¡qué precioso! lo envolví en una sábana blanca como si fuera un novio pequeño para que lo llevaran al campamento para despedirlo.

Pedimos permiso para enterrarlo en Siria, y nos fuimos mi marido, sus hermanos y yo al campamento más cercano, ya en Siria, que está solo a diez minutos del nuestro y del que solo nos separaba el río Orontes. Rezaron la oración de la noche y lo enterraron. Muhammad Ali empezó a llorar como un loco y a golpearme y a decirme: “¿Dónde está Hamza, por qué se ha ido de nosotros? Teníamos la promesa de irnos juntos ¿por qué se ha ido?, no quiero, no quiero”. Ranim, la niña, que tenía cinco años y medio no entendía nada.

Me mantuve fuerte hasta el punto de que no lloré, al contrario, consolaba a toda la familia de mi marido, cuidándola y diciéndoles que era la voluntad de Dios, Todopoderoso y Excelso. El niño llegó antes que nosotros al paraíso. Yo no podía entrar por mis actos. Todavía no podía entrar, porque tenía muchos pecados. Consolé a mi marido y a mis hijos, e incluso les preparé una tarta a mis niños al día siguiente de su muerte, porque Ranim me lo pedía y porque sabía que ella tenía derecho

a que la cuidara, y también porque cuidarla es más razonable que hundirme. Era suficiente lo que ella había sufrido durante nueve meses cuando estaba en el hospital con el tratamiento de Hamza. Unos días después de su muerte y antes de dejar Turquía, lloré hasta que la tierra de su tumba quedó empapada. Para recordarlo, planté albahaca y arrayán para que florecieran, y para que cada vez que oliera esas plantas, oliera el perfume de mi hijo Hamza.

Tres meses después de su muerte, viajé a Jordania para empezar una nueva vida que no había planeado. A finales del año 2013 matriculé a mis hijos en la escuela, y después, en enero de 2014, vino mi marido de visita a Jordania por un mes. Después se fue y en el mes de mayo de ese mismo año, salió la orden que prohibía la entrada de las personas sirias en Jordania desde cualquier otro lugar que no fuera Siria. Entonces empezó otro sufrimiento para mí ya que estuve desde junio de 2014 hasta diciembre de 2015 presentando peticiones que venían denegadas. Incluso fui al Departamento de Interior dos veces y las dos veces me las denegaron.

En 2015 hice voluntariado en la asociación “Porque eres una persona (*Lianna-ka insan*)” y empecé a hacer cursos de apoyo psicológico hasta que la vida cambió de rumbo a finales de 2015 cuando conseguí el permiso para que viniera mi marido de Turquía. Reservé el billete de avión con su permiso, y me sorprendió con la idea de que lo cancelara tres días antes. Él lo justificaba diciendo que no le gustaba Jordania y que no podría volver a Turquía porque no tenía visado. Así es, ese día fue como un trueno, teníamos peleas, discusiones estériles, tira y afloja todo el rato.

Ahí termina una parte de mi vida. Pude vivir dos años sin un hombre, sin salario... pero yo

trabajaba y luchaba... una mujer sin un hombre puede continuar el camino sola. Incluso mis hijos durante mucho tiempo no podían creer todo lo que pasó. Me prometí a mí misma que iba a seguir el camino sola, con las dificultades que sean, cuidando a mis hijos para que puedan estudiar, para apoyarles con toda la fuerza que tengo. Por eso me matriculé en muchos cursos e hice voluntariado en una asociación que se llama *al-Bashair*, de apoyo psicológico. Ahora soy formadora en la asociación y voy a intentar terminar mis estudios universitarios.

Cerré la puerta a mi marido, decidimos separarnos porque no podíamos seguir el camino juntos porque *un caballo de raza, auténtico, exigente y bueno quiere su tierra de origen. No puede acompañarle y es imposible ponerlo en un establo aunque sea de la realeza*³. Me cansé mucho de tener pocos recursos y de la falta de dinero, pero estoy segura de que voy a llegar si Dios está conmigo. Como he llegado a este punto, seguro que voy a llegar más lejos, ojalá, ojalá.

Para todas las princesas del mundo, tú eres tu mismo reino construido por ti misma, sé fuerte, construye, florece, brilla, sé independiente, vuela sin tener en cuenta a los hombres porque los hombres no son imprescindibles. El hombre no es la *Kaaba* para que giremos alrededor de él ni la *quibla*⁴ para que dirijamos la oración hacia ellos. Tú eres lo fundamental y él es solo un accesorio que completa tu atuendo. La falta de un hombre no es un defecto en tu estilo. Sé cómo eres, nunca pierdas la esperanza y cada día será el mejor día.

Asma Hasan Dandash

Amán, Jordania, julio de 2017.

[Traducción de Alicia del Olmo Garrudo.

Copenhague, Dinamarca, noviembre de 2017]

³ Haciendo referencia a sí misma. Intenta expresarse en el típico estilo poético árabe, en el que se utilizan muchas metáforas y figuras retóricas.

⁴ Dirección de La Meca a la que los musulmanes orientan la oración.